INTRODUCCIÓN

Nuestra vida estaba arreglada en tal forma que vivíamos constantemente cerca de los libros: éramos bibliotecarios, profesores de lengua nacional o de literatura. Sólo así se explica este nuestro lujo, la perpetua Academia en que transcurrían nuestros días.
Martín Luis Guzmán[1]

Brillaron en muy variadas esferas: educación, jurisprudencia, política, filosofía. A cien años de distancia, en lugar de desvanecerse, se acendra su nota distintiva: los integrantes del Ateneo de la Juventud fueron lectores y escritores por encima de todo. Hicieron suya la disciplina, las novedades literarias y perspectivas críticas de vanguardia que Pedro Henríquez Ureña trajo consigo a México, pero sin olvidar algunas consignas de sus mayores. En este último sentido, convidamos a ponderar la trascendencia simbólica de la bienvenida al cenáculo cultural del momento que Amado Nervo, palmariamente consagrado, les dio por vía de la *Revista Moderna de México*, órgano de expresión del refinamiento artístico de una élite que coincidió con el ocaso del porfiriato:

Al Ateneo de la Juventud

Mi querido Emilio.

Me pide Ud. unas palabras de aliento para el "Ateneo de la Juventud." En puridad, esas palabras debería yo ir á pedirlas á ustedes: toca

[1] Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1994 [1965], p. 59.

á los jóvenes, á los que marchan de cara al sol, á los que beben el vino generoso del entusiasmo, reforzar el vigor de los que estamos más allá,

del medio del camino de la vida.

Pero en fin, una voz amiga y cordial que viene de lejos, siempre es regalo de oídos afectuosos como los vuestros, y en esta vez la mía pasará el océano para ir á decir á todos cuando estéis congregados en nombre de la Santa Poesía, que yo me encuentro invisible, pero fraternal, en medio de vosotros. Quizá hasta oiréis un soplo que os murmura *schalom*, que quiere decir "dicha" y quiere decir "dicha" y quiere decir "paz:" paz sobre todo, alto y noble sosiego, para pensar, y después alegría para producir.

Atravesamos en la actualidad, amigos míos, por un período de sombra, en que el anodinismo triunfante, el hambre de lucro, la frivolidad de ciertas clases representativas, tienen para el Arte, para la Poesía, una sonrisa de menosprecio. Es fuerza por tanto que afirméis con más vigor que nunca vuestra personalidad de poetas, como la más pura, la más insigne, la más bella de todas las personalidades. Es fuerza que os enrostréis con la ironía baladí y la azotéis en el rostro con haces de pensamientos, con ramas floridas de versos, con palmas pascuales.

Nuestra raza, hija luminosa de Grecia y Roma, ha vencido siempre con cantos.

Nuestros padres labraron el surco cantando y cantando horadaron las montañas en pós de la veta, ó para abrir camino á la locomotora, y cantando exploraron el ponto y cantando pelearon y cantando murieron.

La poesía no estorba á ninguna otra función ni actividad de la existencia. Sed todo lo que queráis, hasta hombres prácticos, pero por la noche, bajo el santo círculo de la lámpara, respirando el aire mismo que respiran las bocas amadas: cantad... pensad... soñad! La actividad que organiza fuerzas, es para el día; el divino ensueño, para la sombra. Los versos y las estrellas necesitan la noche!

Cuando los primeros cristianos se congregaban, recién muerto Jesús, entonaban himnos, á veces, improvisados en común.

Una de sus máximas era:

"Si estás triste, ora; si estás alegre, canta."

Y yo os digo á vosotros, hermanos:

"Cantad si estáis alegre y cantad si estáis triste: cantad siempre."

Nosotros, los que tenemos que irnos "Antes," dejaremos la poesía en vuestras manos jóvenes, viriles, generosas y fuertes: ¡No permitáis que muera!

El canto es alma! El canto suaviza y rima el unánime esfuerzo: el canto nos ha guardado fielmente las Teogonías, la historia toda de los orígenes. Por él sabemos la vida que vivieron los dioses.

Cantemos, amigos míos!

Amado Nervo.[2]

En las obras ateneístas poca o nula cabida hay para el dejo religioso, la expresión exaltada y el tono paternal de la misiva de Nervo. Sin embargo, persiste en ellas el culto a la cultura helénica y el tener por medio y fin a la poesía, crisol del arte. Pasado por el tamiz de su actitud crítica y la impronta de José Enrique Rodó y José Martí, el ideal de alcanzar la belleza hizo del grupo ateneísta una pieza clave en la definición de nuestro ser literario, filosófico e incluso social. Al cumplir un siglo el nacimiento del Ateneo de la Juventud le dedicamos este número 33 de *Tema y Variaciones de Literatura*, impelidos por la intención de rescatar sus aportaciones estéticas. Nos mueve también una razón conmemorativa ligada a la vertiente nacionalista e hispanoamericanista de nuestras letras, tan en boga ante los doscientos años de la Independencia y los cien de la Revolución, etapa esta última que ha envuelto a los estudiosos del Ateneo en inagotables polémicas.[3]

El hecho de reunir colaboraciones que privilegian la vida, obra o incidencia en la esfera pública de los integrantes del Ateneo por encima del colectivo nos lleva a proponer una serie de explicaciones a este predominio del elemento individual. El claro

[2] *Revista Moderna de México*, vol. XIV, núm. 1, marzo de 1910, pp. 42-43.

[3] En este sentido, véanse de José Garcidueñas *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (México, INEHRM, 1979); de Fernando Curiel *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)* (México, UNAM, 1998) y *Ateneo de la Juventud (A-Z)* (México, UNAM, 2001); de Alfonso García Morales *El Ateneo de México, 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea* (Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1992); de Álvaro Matute *El Ateneo de México* (México, FCE, 1999); el prólogo de Juan Hernández Luna a *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México, UNAM, 2000) y Susana Quintanilla, *«Nosotros». La juventud del Ateneo de México* (México, Tusquets, 2008).

enfoque biográfico de un buen número de los artículos hace pensar en fuertes personalidades y legados que reclaman su justo sitio en el panteón literario. La atención puntual a textos de Alfonso Reyes, Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Alfonso Cravioto o Marcelino Dávalos, por ejemplo, pudiera deberse a la intención de remediar injustificados silencios de la crítica ante una obra que amerita detenimiento y erudición para revelar algunos de sus múltiples sentidos.

Adicionalmente, argumentamos una razón de índole filosófica y otra política-temporal: el dictum nietzscheano del hombre único y fiel a sí mismo inspiró a cada ateneísta a buscar sus signos y expresiones más propias. Los auto-llamados a ser superhombres fundaron y dieron vida a los códigos comunes del Ateneo. Sin embargo, la cita fue fugaz. La lucha armada suspendió de un tajo la convivencia intelectual y afectiva que hubiese dejado huellas aún más profundas de haber sido más prolongada, para beneficio –tal vez– de sus contertulios y de nosotros, quienes creemos que es factible aprehender las pautas culturales en el devenir de la construcción convencionalmente llamada tiempo.

Sea cual fuere la causa de mayor peso, es indudable la valía de las aportaciones que están fuera de toda duda en ateneístas canónicos pero que son poco conocidas en los autores no tan frecuentados, como podrían ser Silva y Aceves o Dávalos. En tanto figuras consagradas, resulta complicado, o por lo menos infrecuente, estudiar sus obras a la luz de las teorías literarias y filosóficas del siglo XX, sobre todo las más iconoclastas, ligadas al posestructuralismo. Se inscriben en esta línea de análisis biográfico-sicológico los ensayos de Víctor Díaz Arciniega, Minerva Salado, Óscar Mata, Alejandra Sánchez Valencia, Fernando Martínez, Mónica Cravioto y Tomás Bernal.

Víctor Díaz Arciniega en "Reyes: guardia de la pluma..." habla, no del Alfonso Reyes ateneísta, sino del humanista y diplomático. Después de años fuera de su país –1913-1939– está a punto de regresar a su patria entre otras razones, buscando el fin a "la era de la saudade".[4] Entonces Reyes realiza un balance sobre cuestiones como la libertad, el humanismo y la Inteligencia

[4] En un ejemplar de *Monterrey* que Reyes dedicó a Torri leemos: "Julio: es, en mi vida, la era de la saudade" (núm. 12, agosto de 1935, Archivo de la Colección "Julio Torri", Biblioteca Pública "José María Pino Suárez", Villahermosa, Tabasco, clasificación HE 121).

americana. Arciniega revisa "Metáfora de Buda y la piedra", *Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes,* además de la propia actuación política de don Alfonso, todo ello con el fin de exaltar la responsabilidad y compromiso moral que debe tener el intelectual, atributos ambos que sólo pueden prosperar en suelo seguro.

En "El ateneísta Pedro Henríquez Ureña", Minerva Salado hace un breve recorrido por la formación que el humanista recibió antes de llegar a México, también por el ejercicio de sus profesiones como maestro, escritor, periodista y editor. Pone énfasis en los valores humanos y la pasión americanista del escritor dominicano y universal, resalta su combate al positivismo imperante, su fervor por el helenismo y su inconformidad cultural. Henríquez Ureña deja México en 1914 y, aunque volverá, su legado, magisterio y pasión por el conocimiento han quedado incoados en los que aquí aprendieron con él.

Óscar Mata describe en "Una bella ópera de acción social" la obra educativa que José Vasconcelos realizó de 1920 a 1923, mientras fue secretario de educación en el gobierno de Álvaro Obregón: alfabetización, creación de bibliotecas y escuelas por toda la república y distribución de libros en ediciones baratas. Decía el autor de *Ulises criollo*: "Publicar en español ediciones clásicas es [...] una doble necesidad de patriotismo y de cultura."[5] A partir de las memorias *El desastre* y *La tormenta,* Óscar Mata detalla la labor misionera de Vasconcelos, labor cuyo fin era desanalfabetizar un país donde sólo uno de cada veinte mexicanos recibía enseñanza escolarizada.

En "Nortismo o pochismo: la antimexicanidad según Vasconcelos", Alejandra Sánchez Valencia encuentra el germen de la visión de país y concepción educativa de José Vasconcelos en la educación familiar que recibió, caracterizada por la constante confrontación con la cultura norteamericana. En efecto, en distintos momentos textuales, Vasconcelos parte de la cultura y la lengua para la diferenciación y valoración de lo propio y lo ajeno, como sucede en su interpretación de la anécdota en que, en compañía de unos amigos, se va de fiesta con las bailaoras Carmen y María y rememora: "La charla era deliciosa; nombres exóticos

[5] Nota preliminar por el Rector José Vasconcelos para la edición de los "Clásicos Verdes" de *La Iliada* (t. 1, México, Universidad Nacional de México, 1921, pp. 5-6).

iban y venían pronunciados con bello acento castizo: Vancouver y Winnipeg [...] todo dicho en castellano exacto, tan distinto de la lengua corrompida a que se habitúa por estos lugares..."[6] En esta ocasión, Alejandra Sánchez Valencia sostiene que, en gran medida, el "criollismo" que defiende Vasconcelos se gestó durante la infancia del filósofo, con la educación de sus padres y la defensa que éstos hacían de lo mexicano. A partir de estos antecedentes biográficos, dilucida el significado de "pochismo" y "nortismo" como pérdida, renuncia o rechazo a lo nacional sobre una base eminentemente lingüística.

Fernando Martínez narra en "Enrique González Martínez: el hombre del búho" la lucha que el conocido como detractor del Modernismo sostuvo para descollar en la Ciudad Letrada de principios de siglo XX. Siguiendo los libros autobiográficos del poeta, describe las vicisitudes por las que debió pasar para encontrar, primero, una vocación, segundo, su propia voz poética, y tercero, un lugar en la *intelligentzia* de su tiempo.

Mónica Cravioto escribe "Alfonso Cravioto: el ser bajo la ficción del personaje", ensayo biográfico donde recupera y combina las distintas facetas de Alfonso Cravioto: su juventud, estudios, la revista *Savia Moderna*, aficiones y visiones estéticas, principalmente en la pintura, su carrera política desde el maderismo hasta la diplomacia carrancista, su gestión cultural y búsqueda de la mexicanidad y, por último, la Academia Mexicana de la Lengua; todo ello entretejido con el devenir de su arte poético y transformaciones estéticas.

En muchos de estos textos se puede constatar la preocupación que los ateneístas tenían por la identidad nacional, por lo mexicano. Comprobamos así que El Ateneo, a pesar de su clasicismo literario y de su universalidad y latinoamericanismo, también fue, como grupo y de manera individual, generador de una identidad literaria. Tenemos, por ejemplo, a Antonio Caso, quien buscó lo mexicano siguiendo los postulados vitalistas de la filosofía de Henri Bergson y Rudolf Eucken, tal y como lo expone Tomás Bernal en su texto "Antonio Caso: una visión de la historia de México". De la misma manera, Leticia Algaba, en un texto de carácter *referativo,* da cuenta de dos obras, *El alma nueva de las cosas*

[6] "Los Ángeles", *Divagaciones literarias*, México, Lectura Selecta, 1919, p. 75.

viejas y *Visionario de la Nueva España,* de Alfonso Cravioto y Genaro Estrada, respectivamente, dos autores que con sus obras se instalan, a decir de la autora, en la corriente colonialista, dos escritores que recalan en el pasado novohispano para mostrar la vida cotidiana y los personajes emblemáticos de tres siglos de historia.

Cabalgando entre los documentos cuya perspectiva metodológica se funda en el vínculo autor-obra-contexto –histórico y sicológico– se encuentra el ensayo de Humberto Guerra, "Los pequeños malestares del joven Reyes. Lectura de *Memoria a la facultad".* Guerra aborda una faceta poco estudiada de Alfonso Reyes, la del escritor que recapitula sus enfermedades para que las conozca un médico ideal, que en realidad es un lector ideal. Para ello, Guerra analiza la obra autobiográfica reyesiana *Memoria de la facultad,* y lo hace desde la "crítica de las literaturas del yo" –Philippe Lejeune y William Howarth–. Acude a categorías como "momento de enunciación" y "estrategia textual", para resaltar la intención dramática e hiperbólica del escritor, más que del enfermo. El Reyes paciente se convierte, por gracia del texto, en Reyes autor. Diríamos, evocando a Michel Foucault, la muerte del paciente es el nacimiento del autor. La condición necesaria para la autobiografía es la capacidad de ser al mismo tiempo objeto y sujeto, juez y parte, actor y director, y sobre todo poseer una "indiscreción heroica" y mucho amor por la prosa narrativa.

Ya entrados en perspectivas metodológicas menos frecuentes, tenemos el ensayo de Elena Madrigal, "Del archivo de Julio Torri: *Las nubes pasean el tapiz...,* un posible inédito torriano, y un antecedente de «El entusiasmo y el heroísmo» de Carlos Díaz Dufoo, hijo". En su análisis, Madrigal hace referencia, por un lado, a la estilística, que vincula con las visiones estéticas de filósofos como Nietzsche y Schopenhauer, para quienes el arte y la filosofía representan un rebalse de la insipidez del mundo; y por otro lado, a través de su propuesta, la autora también exalta la vida del esteta, del artista Julio Torri. Preside esta reflexión estilístico-filosófica el rescate filológico de un posible inédito del autor de "La balada de las hojas más altas", rescate que nos permite acercarnos de manera comparativa a Torri y a Carlos Díaz Dufoo hijo.

De los autores del Ateneo, algunos forman parte indiscutible del canon literario mexicano. Sin embargo, existen otros a los que difícilmente ubicaríamos en esta lista de los autores consagrados. Gabriel Wolfson discute la imagen o calificativo de "raro" que

se ha aplicado a Díaz Dufoo hijo, quien, por las editoriales que lo han publicado y las antologías en que ha sido incluido, resulta todo menos raro. La discusión implícita detrás de estos cuestionamientos es acerca de cómo se construyen los cánones literarios, y uno de los puntos de referencia de Wolfson es Walter Mignolo. En la primera parte del ensayo plantea el contexto cultural-literario de la época (1925-1932). Luego explica cómo es que nació esta condición de rareza dufooniana. La primera causa radica en una reseña que Martín Luis Guzmán hizo de *Epigramas,* en la cual ubica a Díaz Dufoo como esteta escéptico y renegado, representante del "refinamiento solitario dentro del grupo" (ateneísta, al fin). Otro autor que contribuyó a forjar esta imagen es Jaime Torres Bodet, quien busca definir el canon mexicano del siglo XX y origen de la literatura nacional a partir del Ateneo y su influencia en las siguientes generaciones literarias. Bodet ubica a Díaz Dufoo dentro de los raros, junto con Julio Torri. En la construcción de esta imagen también participan Jorge Cuesta y el mismo Torri, quienes argumentan que más que ateneísta, Dufoo es transgeneracional, escogido, marginal, excéntrico, raro canónico. Para caracterizar el campo literario de la época, Wolfson acude al concepto de *illusio* de Pierre Bourdieu y a la descripción que Víctor Díaz Arciniega hace de las polémicas intelectuales, ideológicas y culturales de la época, disputas en la Ciudad Letrada que resultan decisivas a la hora de la consagración. Martín Luis Guzmán, Torres Bodet, Jorge Cuesta y Torri, todos ellos, como una cuestión estratégica, explícita o implícitamente, hablan de los relevos generacionales para situar y situarse dentro de la tradición literaria. En el caso de Díaz Dufoo, el autor de *El barco* entra en la tradición por la puerta de la rareza, de la domesticación a que la cultura somete las más ligeras o violentas transgresiones o exquisiteces. Y todos favorecen así la construcción utópica del Ateneo como la representación colectiva que dio origen a la moderna literatura mexicana.

Rogelio Guedea en "Escrituras aglutinantes: lo posmoderno en la literatura de Mariano Silva y Aceves", señala lo injusta que ha sido la crítica al excluir de los autores canónicos al escritor de *Campanitas de plata.* A partir de la correspondencia que sostuvo con Alfonso Reyes y Julio Torri, Guedea reconstruye el contexto intelectual y de aislamiento en el que se movió el autor. Enseguida pondera el carácter revulsivo de su literatura al situarlo entre los que buscaron, por medio de la forma, cambiar la prosa narrativa. Como Torri, Díaz Dufoo hijo y Genaro Estrada, Silva y Aceves se avocó

a lo puramente literario, se preocupó por el arte de contar, más allá de compromisos cívicos o de contenido. Destaca su actualidad. Lo compara con Augusto Monterroso, con quien comparte afinidades formales y de actitud estética como el uso de la ironía, la antisolemnidad y una enseñanza moral ajena a la mojigatería. Desde la óptica de Guedea, Silva y Aceves es precursor de lo que llegará a conocerse como literatura posmoderna y es fundador, antes de Ermilo Abreu Gómez, de la literatura infantil mexicana. Ambas características de su obra ameritarían, defiende Guedea, una revaloración de este escritor dentro de nuestra tradición literaria.

Otro ensayo de confesa filiación posmoderna es "*La sombra del caudillo:* dos discursos para retratar el poder" de Gerardo Soriano Ángel. Tras describir los problemas para la publicación y proyección de *La sombra del caudillo,* novela y película respectivamente, el autor señala el talento y la pasión de Martín Luis Guzmán: el primero lo llevo a concebir obras magistrales y el segundo a aliarse con el poder político, y tras apuntar los rasgos posmodernos de los ateneístas y enumerar las características de las crítica literaria posmoderna, Soriano analiza dos rasgos posmodernos en la novela: hibridación e intertextualidad. La primera se da entre la ficción y la historia real y la segunda se da entre la obra y la tragedia griega, en específico la de Esquilo. Por lo que hace a la película, analiza imagen y narración para subrayar las propuestas estéticas que distancian y diferencian el original literario de su controvertida versión fílmica.

La sección crítica concluye con un par de estudios dedicados al género dramático desde la reseña teatral y el tratado erudito, respectivamente. "Grecia es la moda este año en la «metrópolis comercial» [1908]... Nuevas notas en torno de la pasión teatral ateneísta" de Alejandro Ortiz Bullé-Goyri, y "Marcelino Dávalos: «estos mal perjeñados [sic] apuntes»" de Octavio Rivera Krakovska se insertan en el interés y conocimiento ateneísta de la expresión artística más cara a la cultura griega, la que cultivaron los grandes escritores de la literatura española como Lope de Vega –predilecto de los ateneístas– y la de las composiciones y puestas en escena de obras inglesas y norteamericanas que Pedro Henríquez Ureña enseñó a degustar. Opinaba Oscar Wilde que el teatro era producto de la energía de las naciones, y en los acercamientos de Ortiz y Rivera es perceptible la tensión entre los polos del universalismo y el localismo, el cómo encontrar el equilibrio entre las influencias extranjeras y la valoración de un teatro nacional.

Para ponderar la antinomia, se complementan el minucioso rastreo que hace Octavio Rivera de las fuentes en que abrevó Marcelino Dávalos para la redacción de su *Monografía*... y la apreciación general de Alejandro Ortiz.

Los ensayos aquí incluidos podrían haberse ordenado siguiendo el criterio de las perspectivas teórico metodológicas adoptadas por los autores y que van de la simbiosis clásica obra-autor –con su respectivo contexto histórico y sicológico– al énfasis que asume la imposibilidad de comprender y explicar la obra al margen de sus condicionamientos, pasando por los textos referenciales, que sólo dan noticia de un autor o una obra. Esto nos habría llevado a colocar en primer lugar los textos de Gabriel Wolfson y de Humberto Guerra. La tentación en este sentido fue grande. También pudimos haber adoptado una clasificación formal genérica y distinguir los que con toda justicia deben llamarse ensayos de otros que son apuntes o notas. Sin embargo, decidimos respetar, por un lado, cierta cronología: primero los fundadores del Ateneo y después las figuras menos conocidas y, por otro lado, incluir primero los textos que se ocupan de los ateneístas que tienen un lugar indiscutible en el canon literario mexicano. Adoptamos, pues, el criterio más conservador que, esperamos, no impida el fin último: "mantener vigentes a nuestros clásicos"[7] desde estrategias variopintas de lectura y análisis, cada una con su dosis de eficacia heurística que, confiamos, ayude a entender el fenómeno de la literatura, le ofrezca razones a nuestros extrañamientos y fascinaciones estéticas y, de paso, contribuya a la reconfiguración del campo de los estudios literarios sobre el Ateneo.

Cierran el número cuatro creadores. Los poemas de Mario Calderón nos remontan al pasado lejano en el que piedra y sangre conformaron el ideal del paso del tiempo de las sociedades prehispánicas, motivo que también inspiró al poeta Alfonso Cravioto, por ejemplo. Desde la posmodernidad, la poesía de Óscar Maldonado descubre la intimidad de lo cotidiano para dar voz a un mundo cambiante y a los significados de la vida en la conciencia de los seres humanos. Christine Hüttinger en la "Historia del Dyadya Baikal" nos guía a través de un viaje maravilloso por la naturaleza de un lago encantador donde los personajes encuentran la alegría de vivir el instante y contraponen simbólicamente la

[7] Dr. Antonio Cajero V., El Colegio de San Luis, comunicación escrita de valoración de este número de la revista, diciembre de 2009.

vida a la majestuosidad de un mundo desconocido y fascinante. Finalmente, "La momia de Santo Domingo" de Cecilia Colón nos sumerge en las profundidades de la historia virreinal que inspiró los textos ateneístas de corte colonialista por voz del cadáver de un héroe histórico que finalmente nos lleva a reflexionar sobre la condición humana y la vida misma.

ELENA MADRIGAL RODRÍGUEZ
TOMÁS BERNAL ALANÍS
FERNANDO MARTÍNEZ RAMÍREZ